

Don Lupe

Por el Coronel Rubén MORALES.
Quintana Roo 1909.

Los indios y el paludismo eran temas forzados de nuestras conversaciones. Cada uno de nosotros tenía algo que referir acerca de los mayas, ya fuera de recientes encuentros o de pasadas tropelías que, por su magnitud, habían dejado hondos recuerdos. Naturalmente que los de más antigua residencia en el Territorio, los veteranos de aquella campaña, eran fuente inagotable de narraciones y cuando alguno de ellos hablaba, se formaban corros en su torno para escucharlo. Así, con diarios relatos, se mantenía viva la historia de aquella guerra terrible, mientras los partes oficiales a la metrópoli eran, invariablemente, "sin novedad". Sobre tanta vida inmolada, estaba la petulancia del General en Jefe quien, desde años atrás, se había ceñido los laureles de pacificador de Quintana Roo y por tales méritos, el Congreso de la Unión había cambiado el nombre de la capital, CHAN SANTA CRUZ, por el de Santa Cruz de Bravo.

Nada debería opacar el rutilante "vini, vidi, vinci", del orgulloso Divisionario; de las diarias escaramuzas y constantes amagos a los destacamentos, no podía darse reporte al Cuartel General porque, oficialmente, no había indios; para el Gobierno, la campaña había terminado, merced a la férrea mano de aquel Júpiter con charreras.

Ya era costumbre que el parque gastado en los tiroteos, tenía que ser repuesto del peculio personal del comandante de la tropa atacada, porque ese consumo no tenía, para la Superioridad, otra justificación que el miedo. Se había disparado por una falsa alarma... Y si algún soldado caía acribillado, el Cuartel General, la República, pagaba quel holocausto al deber con el concepto infamante: "Desertor". Cuántas veces, después de sepultar entre la selva a algún héroe de aquellos, se hacía declarar en el acta, por los mismos compañeros, que lo vieron caer y agonizar, que aquel soldado había abandonado la escolta robando a la Nación, la miserable muda de manta que rasgada por las balas y ensangrentada, mal cubrió el cadáver de aquel "ladrón" en la tumba abierta con los marrazos al pie de las trincheras!

Del paludismo, todos teníamos en nuestros cuerpos señales de sus estragos y sabedores de que ya nos había hincado sus garras inexorables, y de que tarde o temprano, nos arrebatara las vidas, hablábamos de él con pavor, procurando animarnos unos a otros, mientras que nos llegaba el turno de ir a pasar los accesos, tumbados en nuestras camas de varas. Los callositos eran tan fuertes, que algún soldado montaba sobre el enfermo para magullarlo, tratando de mitigar el frío intenso, los dolores de las articulaciones, aquel temblor, aquel estremecimiento que hacía dar, una contra otra, las man-

díbulas y crujir los dientes hasta sangrar las encías; después, el sopor, cuarenta y cuarenta y uno grados de fiebre y mezclados en nuestros cerebros delirantes, la pesadilla de los indios, el recuerdo de nuestros padres tan lejos, la novia, la muerte; nuestras misérrimas alegrías... , nuestras infinitas tristezas...

También del paludismo había veteranos, de ojos hundidos, cuerpos enjutos, rostros cadavéricos y que tosían constantemente; de cuando en cuando, escupían sangre. Estos esqueletos vivos, parecía que se apartaban de nosotros.

Algunos, ya no se movían de sus camastros; sólo denunciaba su presencia la tos reseca, sus quejidos al compás de la disnea; sus blasfemias y las moscas que zumbaban en torno de ellos, tercamente.

Como doscientos metros al Oeste de la laguna de Ocón, estaba el campamento de ese nombre, que era el primero de los de la línea de Santa Cruz al Sur, hacia Bacalar. Distaba de Santa Cruz, como cuatro leguas, o sea, cerca de cinco horas de marcha para aquellos hombres enfermos, a través de una región boscosa, como todo el Territorio, pero con la diferencia a su favor de que, además de la citada laguna de Ocón, bastante extensa hacia el Oriente, había a medio camino para Santa Cruz, la primorosa Laguna de Santa Elena, de forma triangular, de cerca de cien metros de diámetro, de aguas profundas y claras y circundada de árboles enormes, engalanados de parásitos y orquídeas, que formaban polícromos festones de rama a rama y donde moraban centenares de pericos, loros, quetzales, cacatúas, carpinteros, guacamayas y zenzontles que, uniendo sus trinos y parloteos a mil arrullos extraños, entonaban el hosanna a la Naturaleza que tan ubérrima y lujuriosa se mostraba.

A medida que el calor iba aumentando con la ascensión del sol hacia el zenit, moríanse trinos y gorjeos; sosegábase el mecer incesante de aquella inmensidad de hojas y el cristal límpido y terso de la laguna, reflejaba en sus orillas la opulencia de la selva, mientras que en el centro, como en un espejo inmenso, se retrataba el brillante azul ultramar del cielo, contrastando con el kaleidoscopio de las márgenes, donde el iris volcaba sus colores en ramozones, bejucos, pájaros y flores.

Como si el mago que logró reunir allí las gemas de tanta belleza salvaje, para preservarlas del sol, las cubriera entre copos de algodón, poco a poco, la bruñida superficie se iba despulpiendo, hasta borrarse los reflejos, y un vaho caliente y húmedo lo envolvía todo como en un inmenso "temaxcal". Todo sudaba, las yerbas, flácidas, parecían desfallecer, desmayarse, caldeadas por el aire.

A la alegría de la mañana seguía la angustia, el jadear bajo el calor sofocante; el bosque parecía retorcerse, crujían las ramas, tronaban las hojas tostadas; las chicharras zumbaban haciéndose eco, que rodeaba hasta perderse entre las copas lejanas. Tan caliente se ponía la tierra, que las alimañas abandonaban sus madrigueras, las tarántulas erizaban su palambre de azabache y subían por las hojas; las víboras, enroscándose en las ramas, se confundían entre ellas, centelleantes los ojos y agitando sus lenguas como saetas de fuego. ¡Era un martirio el sol!

Las escoltas que avisadas por teléfono, salían todas las mañanas simultáneamente de Santa Cruz y de Ocón, para encontrarse en Santa Elena, apenas si se detenían para cambiarse la correspondencia y algún enfermo o pasajero encomendados a su custodia y volvían a sus respectivos lugares antes de que el sol calentara demasiado; pero como la tropa que yo mandaba, estaba encargada por entonces de la reparación de la línea telefónica, nos pasábamos de sol a sol sobre la brecha, internándonos en el bosque, a ambos lados de la vereda, para cortar recios postes de chicozapote con que substituir a los de la línea antigua.

Tan pronto como los trabajos avanzaron al Sur de Santa Elena, mudamos nuestro campamento de Santa Cruz a Ocón, a donde nos dirigíamos todas las tardes.

Era comandante del destacamento allí, don *Lupe García*, teniente del 17º batallón, como de cincuenta años de edad, flaco, trigueño, de cabellos entrecano, rudo, bonachón y, además, de los pocos supervivientes de los que fueron al Territorio desde la iniciación de la campaña. Por esta circunstancia era considerado como héroe pues había salido ileso de las acometidas de los indios y del paludismo.

¿Cómo?

El lo pregonaba: contra los indios, no hacerles caso, y contra el paludismo, amargo de ruda. Una infusión de esta yerba en aguardiente, que él mismo preparaba y que, según su personal terapéutica, se prescribía: medio vaso en ayunas, para entonarse; medio vaso a las once, para aguantar "la calor"; medio vaso a la siesta y otro medio vaso para acostarse; eso era la medicina, que para olvidar las penas, había mezclado de pechuga y alguna que otra botella de habanero, porque él, para beber, qué iba a estropearse el paladar con el menjurje aquel de ruda.

Claro que para no hacerles caso a los indios se necesitaba también algo así como un valor de ruda; pues varias ocasiones: la descarga de entre los matorrales encabritó al penco sobre el que él iba dormitando la mona, y al emprender el bruto la carrera apenas si tenía tiempo de asirse de las crines, sobre las que a prevención, instintivamente llevaba siempre la diestra. Cuando el caballo buenamente paraba su carrera lo

hacía volver grupa y esperaba que lo alcanzaran los soldados al paso veloz; casi siempre, ninguno había disparado para no gastar el parque; si llegaban todos completos se proseguía la marcha; si faltaba alguno, ya en el campamento se levantaría el acta consabida.

¡Qué combatir! Eso se quedaba para los que no sabían lo que era la campaña. Cada disparo costaba 20 centavos y, además, se daba tiempo a los indios para que "cortaran cartucho" nuevamente.

En cambio, los que podían correr después de la primera descarga, estaban salvados; los que no... ¡pues allá los indios, y Dios que repartía balas!

Aquello de esperar a los soldados era siempre molesto, y caminar a caballo al paso de la tropa, no dejaba de tener su riesgo; por eso, cuando alguna vez tenía que ir a Santa Cruz, la emprendía solo, al galope y a horas en que los indios no esperaban el paso de las escoltas.

Esa era una proeza que sólo él hacía, y le conquistó legítimos títulos de temerario y de valiente. Hasta corría de boca en boca la versión de que los indios, ante el valor de don Lupe, no osaban atarcarlo.

La primera vez que pernoctamos en Ocón, los cincuenta soldados a mi mando, y los ocho celadores del telégrafo, procuré llegar temprano para dar tiempo a disponer nuestro alojamiento.

Como era costumbre en casi todos los campamentos, en el centro del recinto atrincherado había un galerón de palma, que a la vez de "sala" y comandancia, servía de alojamiento del Teniente y de "salón", donde noche a noche se reunían a conversar los soldados francos, mientras sonaba el toque de silencio. Era, naturalmente, el lugar mejor alumbrado, pues además de la linterna de petróleo, que pendía del centro del techo, daba sus llamaradas la fogata, que, en un extremo, alimentaban constantemente con leña verde dizque para ahuyentar a los moscos con el humo. Al otro extremo estaban la hamaca del Teniente y su baúl y diseminados en el piso, bancos rústicos y mesas de igual manufactura.

En torno de la comandancia, guardando relativa simetría, había casuchas, también de varas y palmas, donde habitaban tres, cuatro, hasta seis soldados, que eran a la vez maridos de una sola mujer. Ella recibía diariamente los veinticinco centavos de pre de cada uno, y con las provisiones que cada mes les llevaba el atajo, hacía tortillas y comidas; les lavaba y zurcía las ropas, y llegada la noche, dormía, turnándose, con aquellos que el paludismo y el servicio de guardia dejaban libres.

En otras casuchas más lejanas, vivían los solteros y los enfermos.

Completaban el campamento algunos cobertizos, el cuerpo de guardia y los puestos de los centinelas sobre los baluartes del atrincheramiento.

En el árbol más alto de los que había dentro del recinto, escondido entre las ramas se es-

tablecía el vigía, a cuyo cargo estaba auscultar todo el contorno, más allá de los doscientos metros centinelas vigilaban sus respectivos sectores.

Uno noche de aquellas, me anunció Don Lupe su intención de pasar varios días en Santa Cruz, aprovechando que yo podía quedarme al frente del destacamento, para lo cual ya había recabado la autorización correspondiente.

Como los trabajos de reparación de la línea telefónica ya quedaban dentro de la jurisdicción, convenimos que a la madrugada siguiente saldríamos juntos hasta el lugar en que debían reanudarse, y que de allí lo llevarían unos soldados hasta encontrar en Santa Elena a la escolta de Santa Cruz.

A las dos de la mañana ya estaba en pie; advirtió a su asistente que el "Moro" restregaba el morral contra las trancas del machero y que podía tirar el maíz; poco más tarde me llevó a mi hamaca un jarro de café fragante, que él mismo había estado preparando en los rescoldos de la hoguera.

—Usted no ha de querer fogonazo— exclamó tendiéndome el jarro. Claro, como que eso de tomar café dulce sólo se queda para los de Chapultepec. Al café lo hizo Dios amargo y echarle dulce me parece un contrasentido.

Pues echarle ruda a mí me parece una porquería, respondí mientras me desperezaba.

Tomamos sorbo tras sorbo, charlando en voz baja, mientras afuera solo se escuchaban los "alertas" de los centinelas y el pertinaz "grau-grau" de las ranas de la laguna.

A las cuatro mandó tocar "levante", y ante la tropa formada me dió a reconocer como Jefe del Punto. Tan pronto como aclaró un poco la mañana, ya con su sombrero de palma y su pistola disimulada bajo la "guayabera", dió unos sorbos más a su brebaje, y tendiéndome los brazos, exclamó: "Yo me voy adelante".

Quise disuadirlo para que nos esperara, pero insistió despidiéndose con otro abrazo que me hizo estremecer; su cuerpo, huesudo, parecía que estaba yerto.

Momento después se perdían en el bosque los ecos del galope del "Moro".

Casi media hora más tarde, sólo esperábamos el telefonema de Santa Cruz, de que había salido la escolta, para emprender nosotros la marcha. De pronto escuchamos al vigía—¡Cabo de Cuarto! descargas por el camino de Santa Cruz! Todos a las armas! grité ¡La tropa del destacamento, a las trincheras! Los míos al paso veloz!

Y emprendimos la carrera sobre la vereda rebasándonos unos a los otros, conforme nos lo permitían los alientos.

Rodeando el paraje donde ese día debíamos reanudar los trabajos, estaban los indios; nos recibieron con una descarga nutrida. Rápidamente nos tiramos al monte para salir de la zona batida por la media luna de sus trincheras y los flanqueamos hasta desalojarlos. La bruma nos impedía distinguirlos, pero sentíamos sus movi-

mientos entre la maleza y escuchábamos sus alaridos. Serían como doscientos.

Destaqué treinta hombres en su persecución y con el resto volví al camino para explorar rumbo a Santa Cruz y a los flancos, en busca de don Lupe. Como a un kilómetro adelante encontramos al "Moro" revolcándose; estaba atravesado varias veces y tenía una pata destrozada; resoplaba penosamente.

Tuvimos una esperanza: ¿Don Lupe lograría esconderse?

Cerca de Santa Elena, mi corneta, Juan Luis, que iba a la vanguardia, desde un montículo me hizo la seña de que me acercara sigilosamente.

Agazapado tras de un árbol, me señaló para el otro lado de la laguna, donde se levantaba una humareda.

Escurriéndonos entre la yerba dimos un rodeo, y poco a poco fuimos escuchando gritos y canciones.

Mandé a Juan Luis que regresara por la gente, y mientras procuré observar mejor. En una plazoleta había una gran hoguera y en torno

DON LUPE

(Viene de la Pág. 13)

de ella muchos indios bailaban y cantaban con ademanes que parecían rituales.

Cuando escucharon a la tropa que entró a batirlos, en medio de ensordecedora gritería, defendieron la pira tenazmente, hasta que logramos rechazarlos. Mientras tanto, tres o cuatro de nosotros llegamos hasta la pira y pugnamos por extinguirla, por que entre las llamas, había un cuerpo humano. Mucho trabajo nos costó arrastrarlo de sobre las brasas: era el cadáver de Don Lupe. Tenía las extremidades inferiores completamente carbonizadas; el resto del cuerpo lo cubría un lodo de sangre y ceniza; la carne de los muslos chirriaba aún, y al reventarse escurría una sanguaza humeante.

A la orilla de aquella laguna encantada de Santa Elena levantamos un catafalco rústico, que cubríamos con flabeladas hojas de palma real y con flores silvestres y en él tendimos el cadáver de don Lupe, hasta que llegó la escolta de Santa Cruz, a la que lo entregamos.

Tuvimos que volver a Ocón por las herramientas para el trabajo. Media legua antes de llegar al campamento, nos llamó la atención una línea como de diez estacas clavadas a lo largo de la vereda. Cada una tenía en su extremo superior un trozo de carne ensangrentada; los reunimos y ensartándolos en un alambre, pudimos formar con ellos el corazón de Don Lupe.

Construcción del Barco-Escuela "Zaragoza"

Ing. Naval Miguel REBOLLEDO.

Como lo he manifestado en un artículo anterior, los estudios teóricos de Marina se hacían en el Colegio Militar y la práctica en algún barco de guerra de la escuadra Española. Esta práctica la permitía bondadosamente el Gobierno Español gracias a las buenas relaciones que el Sr. Ortiz Monasterio tenía con los jefes de la Marina Española debido a que él hizo su carrera de marino en la Madre Patria.

Al terminar la administración del Gral. Don Manuel Gonzalez, el Sr. Ortiz Monasterio renunció al cargo de Jefe del Departamento Central de Marina y el Gral. Díaz nombró como sucesor al Capitán de Navío Don José M. de la Vega, quien suspendió el envío de nuestros jóvenes marinos a España y concibió la idea de mandar hacer un barco-escuela para que en él hicieran su práctica los oficiales aspirante de marina y la marinería. Los que en esas época salimos del Colegio Militar tuvimos que esperar perdiendo casi 2 años la construcción de ese barco-escuela y no fué sino hasta el año de 1889 cuando se firmó el contrato de construcción con los astilleros franceses de Forges Et Chantier de la Méditerranée establecidos en el Havre, aún cuando sus astilleros principales estaban en Toulon.

Breve descripción del barco:

Doy a continuación esta descripción, sacada de mis recuerdos, que como ha pasado tanto tiempo están algo borrosos en mi mente.

El barco era mixto de vapor y vela con aparejo de corbata y máquina capaz de desarrollar de 13 a 14 nudos por hora. El casco de acero; tenía un desplazamiento de 1300 a 1350 toneladas.

Tenía alojamiento para el Comandante, que era bastante espacioso, y para la oficialidad contaba con 6 camarotes situados a uno y otro lado del comedor. A continuación, hacia proa, el dormitorio y alojamiento de los guardiamarinas con una capacidad de 15 a 20 personas. Aparte del departamento de máquinas llevaba un sollado o alojamiento para 40 o 50 marineros con sus Clases, y demás servicios. Estaba Armado con 6 cañones Canet de 10 centímetros de calibre, 2 cañones ligeros de tiro rápido. De los cañones principales, uno estaba a proa, otro a popa y dos en cada banda, todos montados dentro de torrecillas ligeras.

Había también algunos locales para paños de municiones y artificios. El casco, de formas muy finas remataba a proa por un espolón, como los que se usaban para barcos acorazados.

Este barco fué construido en los astilleros y talleres de la Compañía contratista situados en

el Havre, en la desembocadura del Río. El Havre a dos horas de ferrocarril de París era y creo que sigue siendo el Puerto más comercial de Francia en el Atlántico.

El Zaragoza, así llamado en honor del General Zaragoza, tardó cerca de 2 años en su construcción. En el año de 1891 fué entregado por la Constructora a la Comisión Mexicana encargada de su inspección y esta Comisión lo puso a las órdenes del Brigadier de la Armada Nacional, Don Angel Ortiz Monasterio, a quien acompañaban los oficiales: Francisco Carreón, Manuel Azueta, Miguel Pozo, como primer Maquinista Ceferino Freire y ayudantes, 12 guardiamarinas y marinería.

Como Comandante de la Artillería venía el 1er. Teniente de la Armada Manuel Trujillo; los guardiamarinas formábamos el cuerpo de Artilleros, y al mismo tiempo desempeñábamos otros cargos de la profesión.

Recibido el barco con las formalidades debidas, salimos del Havre a fines de noviembre de 1891. Primeramente pasamos a Cherburgo, puerto militar francés en el Canal de La Mancha, donde arreglamos brújula y cronómetros. A los dos días salimos con rumbo a Cádiz, España, adonde llegamos el 7 de diciembre. Rectificamos nuevamente nuestros instrumentos de navegación y salimos para América después de cuatro días de estancia en Cadiz, tomando rumbo hacia Puerto Rico, (San Juan) en las Antillas mayores, y después de una permanencia de 2 días en San Juan, salimos para Veracruz adonde llegamos en enero de 1892, si mal no recuerdo. Con júbilo volvimos a pisar tierra mexicana, tierra de nuestra Patria. Nuestros compatriotas nos recibieron con los brazos abiertos. Al día siguiente de nuestra llegada recibimos la visita del General don Pedro Hinojosa, Secretario de Guerra y Marina y de gran número de Jefes Militares y Personajes civiles, ansiosos de conocer el nuevo y más grande de nuestros barcos de guerra.

Pasados unos días llegaron a Veracruz los nuevos marinos y maquinistas Ingleses que se iban hacer cargo del nuevo barco. Fueron estos: Comandante Brenton, Capitán de Fragata, 2º Comandante Sr. Beresford Capitán de Corbeta, un primer maquinista y un ayudante que se apellidaba Howard.

¿Que había ocurrido? Pues que en nuestra escasa marina no se contaba con personal adecuado para dar enseñanza práctica a los jóvenes oficiales y marineros, y se había tenido necesidad de buscarlo en el extranjero; pues entre nosotros solo se hubiera contado con los conocimientos y experiencia del Brigadier Ortiz Mo-

monasterio; pero este Jefe estaba separado de la Armada y tenía que volver a sus trabajos particulares.

El personal inglés contratado era muy competente y honorable y a él se iba a confiar la enseñanza práctica de la navegación. Instalado el nuevo personal a bordo, ordenó la Secretaría de Guerra y Marina que el barco hiciera un primer viaje de prueba, pasando de Veracruz a Mazatlán; es decir, pasando del Océano Atlántico al Pacífico, y como no estaba hecho el Canal de Panamá, el viaje tuvo que verificarse bajando al sur hasta encontrar el Estrecho de Magallanes, de allí pasar al Pacífico y subiendo al norte, llegar a Mazatlán.

Poco tiempo duraron en servicio nuestros Jefes Ingleses. El Comandante Brenton era un gran Marino; pero más que esto una especie de pastor Protestante; por esto se tuvo un arreglo con él y sus compañeros y todos dejaron de servir en la Armada Nacional. En estas condiciones se pensó que para proporcionar práctica a los jóvenes marinos, hiciera un viaje largo, y se volvieron a solicitar los buenos servicios del Brigadier Monasterio, al que, si mal no recuerdo se le dió el grado de Contra-Almirante.

El viaje debía consistir en completar la vuelta al mundo y al efecto, todo listo para ello, salió el Zaragoza de Mazatlán y se dirigió al extremo Oriente tocando las Islas Hawai, Filipinas y el Japón. Aquí permoneció uno o dos meses para ponerle al casco unas quillas de balance, para corregir las fuertes y repetidas oscilaciones que sufría en todo viaje. Allí en Nagasaki se le pusieron esas quillas y después continuó su ruta. Pasando por el Canal de Suez entró al Mediterráneo, visitando varios países entre otros Francia, (Tolón) donde le hicieron algún retoque y en seguida a Veracruz. Su viaje al rededor del mundo fué todo un éxito y no debemos olvidar que el buque Zaragoza fué y sigue siendo el único barco de la Armada Nacional que haya dado la vuelta al mundo, izando por todas partes el pabellón nacional.

Nota de la R.—En la Guerra de 1914, el Comandante Brenton ascendió a Almirante; posteriormente se retiró del servicio naval, radicándose en Acapulco y dedicándose a vender Biblias en la costa de Guerrero, en uno de cuyos pueblecillos está sepultado.
